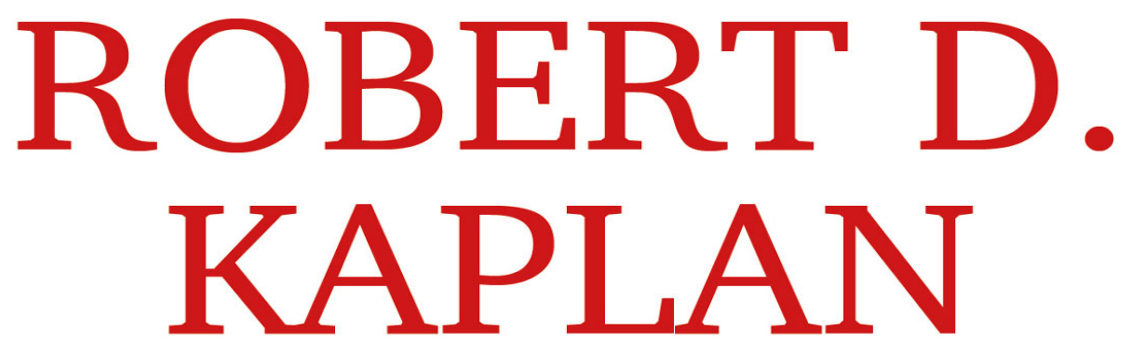
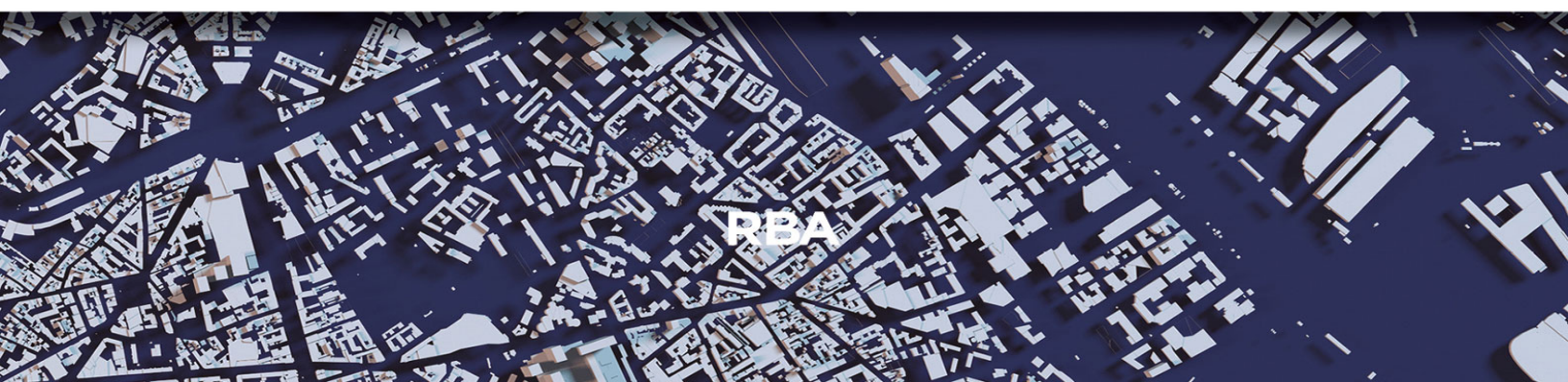


La venganza de la geografía



La geografía cambia el destino de las naciones



ROBERT D. KAPLAN

LA VENGANZA DE LA GEOGRAFÍA

*Cómo los mapas condicionan
el destino de las naciones*

Traducción de
LAURA MARTÍN DE DIOS

RBA

Título original inglés: *The Revenge of Geography*.
© Robert D. Kaplan, 2012.
Por acuerdo con el autor.
Todos los derechos reservados.
© de los mapas: David Lindroth, Inc., 2012.
© de la traducción: Laura Martín de Dios, 2013.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2015.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: septiembre de 2013.
Primera edición en esta colección: enero de 2015.

REF.: OEBO712
ISBN: 978-84-9056-308-3

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados..

A LA MEMORIA DE
HARVEY SICHERMAN
(1945-2010),
PRESIDENTE
DEL FOREIGN POLICY RESEARCH INSTITUTE,
FILADELFIA

Mas, precisamente, porque espero poco de la condición humana, los períodos de felicidad del hombre, su progreso parcial, sus esfuerzos por volver a empezar y proseguir se me antojan todos una cantidad tan ingente de prodigios que prácticamente compensan la monstruosa amalgama de enfermedades y derrotas, de indiferencia y de errores. Sobrevendrán la catástrofe y la ruina; triunfará el caos, aunque, de cuando en cuando, el orden también lo hará.

MARGUERITE YOURCENAR,
Memorias de Adriano (1951)

AGRADECIMIENTOS

La idea en la que se inspira el libro procede de un artículo que los jefes de redacción de *Foreign Policy*, en especial Christian Brose y Susan Glasser, me animaron a escribir. Durante su elaboración, una versión abreviada del capítulo acerca de China apareció como tema de portada en *Foreign Affairs*, lo que debo agradecer a James F. Hoge Jr., Gideon Rose y Stephanie Giry. El Center for a New American Security (CNAS) de Washington publicó un artículo que correspondía a una versión abreviada del capítulo sobre la India, y cuyos méritos debo agradecer a Kristen Lord, vicepresidenta y directora del área de estudios del CNAS. De hecho, no habría podido acabar el libro sin el apoyo institucional que recibí de esta institución, por lo que desearía expresar mi agradecimiento a Nathaniel Fick, John Nagl y Venilde Jeronimo, director general, presidente y director de Desarrollo, respectivamente. Fragmentos del prólogo corresponden a adaptaciones de obras que he publicado con anterioridad, tal como se recoge en la página de créditos. Durante todo el proceso de redacción, Jakub Grygiel, de la Escuela Paul Nitze de Estudios Internacionales Avanzados, de la Universidad Johns Hopkins, me sirvió de gran ayuda y fuente de inspiración. Como también lo fue el teniente general Dave Barno (retirado), el asesor principal del CNAS Richard Fontaine, el antiguo investigador del CNAS Seth Myers, los

redactores jefe de *The Atlantic* James Gibney e Yvonne Rolzhausen, el profesor Stephen Wrage de la Academia Naval y el profesor Brian W. Blouet del College William and Mary.

En Random House, mi editor, Jonathan Jao, me ofreció su experto consejo en todos los frentes. Kate Medina me alentó en todo momento. Una vez más, agradezco a mis agentes literarios, Carl D. Brandt y Marianne Merola, su ayuda a la hora de guiarme de un proyecto a otro.

Elizabeth Lockyer, mi ayudante, trabajó en los mapas. Mi esposa, Maria Cabral, de nuevo aportó su apoyo emocional.

PRÓLOGO

FRONTERAS

Un buen lugar para entender el presente y plantearse preguntas acerca del futuro es sobre el terreno, viajando con la mayor lentitud posible.

En el momento en que asomó la primera hilera de colinas abovedadas en el horizonte, alzándose desde el desierto del norte de Irak en ligeras ondulaciones hasta culminar, a tres mil metros de altura, en macizos cubiertos de robles y fresnos, mi chófer kurdo se volvió para mirar la vasta planicie, como de pasta resquebrajada, chascó la lengua con desdén, y dijo: «Arabistán». A continuación, se giró hacia las colinas y murmuró: «Kurdistán», con el rostro iluminado. Era 1986, durante el apogeo del asfixiante mandato de Sadam Husein, y, con todo, en cuanto nos adentramos algo más en los opresivos valles y los intimidatorios desfiladeros, de pronto, las omnipresentes vallas publicitarias con la imagen de Sadam desaparecieron. Así como los soldados iraquíes. En su lugar estaban los *peshmergas* kurdos con sus bandoleras, tocados con turbantes y ataviados con pantalón bombacho y fajín.

Según el mapa político, no habíamos abandonado Irak. Sin embargo, las montañas habían impuesto un límite al dominio de Sadam, un límite que solo se había superado mediante medidas extremas. Al final de la década de 1980, enfurecido por la libertad que dichas montañas habían garantizado a los kurdos a lo largo de décadas y siglos, Sadam lanzó una serie de ataques a gran escala sobre el Kurdistán iraquí —la tristemente famosa campaña de Anfal— donde se estima que murieron cerca de cien mil civiles. Es evidente que las montañas no fueron determinantes, aunque sirvieron de telón de fondo de esta tragedia. Hasta cierto punto, gracias a ellas el Kurdistán ha conseguido escindirse del Estado iraquí.

Las montañas son una fuerza que ayuda a preservar y que a menudo protegen culturas indígenas en sus desfiladeros de las feroces ideologías modernizadoras que, con tanta frecuencia, han actuado como plagas en las llanuras. Sin embargo, al mismo tiempo, esos macizos también han servido de refugio a las guerrillas marxistas y a los cárteles de narcotraficantes de nuestros días.^[1] James C. Scott, antropólogo de la Universidad de Yale, apunta que: «Los pueblos de las montañas se entienden mejor como comunidades fugitivas, de esclavos prófugos que, a lo largo de dos mil años, han huido de la opresión ejercida por los proyectos de creación de Estados en los valles».^[2] No olvidemos que fue en una llanura donde el régimen estalinista de Nicolae Ceaușescu hundió sus fauces en la población con mayor virulencia. En la década de 1980, tras ascender los Cárpatos en numerosas ocasiones, detecté unos cuantos signos de colectivización. Estas montañas, declaradas la puerta trasera de Europa Central, se

caracterizaban, en su mayoría, más por la presencia de viviendas de piedra y madera que por la de casas de cemento y chatarra, los materiales de construcción favoritos del comunismo rumano.

Los Cárpatos que rodean Rumania constituyen una frontera, tanto como las montañas del Kurdistán. Al penetrar en esta cordillera por el oeste, desde la *puszta* húngara, una gran llanura ajada y majestuosamente desértica —caracterizada por un terreno negro como el carbón y mares de hierba de color verde intenso—, empecé a dejar el mundo europeo del antiguo Imperio austrohúngaro para adentrarme, poco a poco, en el territorio más deprimido, económicamente hablando, del antiguo Imperio otomano. El despotismo oriental de Ceaușescu, más opresivo que el caótico comunismo de gulash húngaro, fue posible, en última instancia, gracias a las murallas que constituían los Cárpatos.

Con todo, no era un sistema montañoso impenetrable. Durante siglos, los comerciantes habían prosperado al cruzar sus numerosos puertos, portadores de bienes y alta cultura, para que una muestra representativa de Europa Central echase raíces más allá, en ciudades y poblaciones como Bucarest y Ruse. Sin embargo, las montañas sí constituían una gradación innegable, la primera de una serie en dirección este, que concluía, finalmente, en los desiertos de Arabia y de Karakum.

En 1999, me embarqué en un carguero de travesía nocturna que partía de la capital de Azerbaiyán, Bakú, situada en la orilla occidental del mar Caspio, con destino a Krasnovodsk, en Turkmenistán, en la orilla oriental, el principio de lo que los persas sasánidas del siglo III d. C.

llamaron Turquestán. Me desperté y vi una línea costera sobria y abstracta: campamentos blanquecinos sobre el fondo de unos acantilados de arcilla del color de la muerte. Se nos ordenó a todos los pasajeros formar una única fila, a cuarenta grados de temperatura, delante de una destartalada puerta, tras la cual, un único policía revisó nuestros pasaportes. Luego nos hicieron pasar a un cobertizo vacío y asfixiante, donde otro policía, al encontrar mis pastillas de antiácido, me acusó de estar intentando pasar drogas. Agarró mi linterna y tiró las pilas de 1,5 voltios al suelo de tierra. Su expresión era tan sombría y salvaje como el paisaje que nos rodeaba. La población que se adivinaba más allá de la choza no ofrecía cobijo de sombra alguna y era de una horizontalidad deprimente, con pocas señales arquitectónicas de una cultura consistente. De pronto sentí nostalgia de Bakú, con sus murallas persas del siglo XII y sus palacios de ensueño contruidos por los primeros magnates del petróleo, embellecidos con frisos y gárgolas; una pátina de Occidente que, a pesar de los Cárpatos, el mar Negro y el alto Cáucaso, se negaba a desaparecer del todo. Viajando hacia el este, Europa había ido desvaneciéndose por fases ante mis ojos, y la frontera natural del mar Caspio señalaba el inicio de la última etapa, que anunciaba el desierto de Karakum.

Evidentemente, la geografía no basta para justificar la desesperanza de Turkmenistán. Más bien representa un principio de sensatez en la búsqueda de un patrón histórico, un modelo de reiteradas invasiones del yermo y desprotegido paisaje por parte de partos, mongoles, persas, rusos zaristas, soviéticos y una plétora de tribus túrquicas. No había ni el más mínimo rastro de civilización porque a nadie se le había permitido asentarse, lo que me ayuda a explicar mis primeras impresiones sobre el lugar.

El terreno fue elevándose y, lo que momentos antes había parecido una sola masa de arenisca, desapareció para dar paso a un laberinto de lechos de río que formaban surcos en la tierra y pliegues de tonos grises y verde oscuro. En la cima de todos los montes se divisaba una pincelada de rojo u ocre, a medida que el sol iba alzándose por sus laderas de pendientes cada vez más pronunciadas. Un aire cada vez más frío se colaba en el autobús; mi primera bocanada de aire fresco procedente de las montañas tras el bochorno y el calor asfixiante de Peshawar, en la Frontera del Noroeste, provincia de Pakistán.[3] En sí mismas, las dimensiones del paso Jáiber no resultan impresionantes. El pico más alto no alcanza los 2.100 metros y sus pendientes no suelen ser pronunciadas. No obstante, en 1987, y en menos de una hora, me transportaron por un aislado inframundo volcánico de riscos y desfiladeros serpenteantes; desde el exuberante territorio tropical del subcontinente indio hasta las yermas y áridas regiones de Asia Central; de un mundo de tierra negra, llamativos tejidos y una gastronomía sabrosa y especiada a otro de arena, burda lana y carne de cabra.

Sin embargo, al igual que los Cárpatos, cuyos puertos de montaña atravesaron los comerciantes, la geografía tiene diversas lecciones que impartir sobre la frontera entre Afganistán y Pakistán. Aquello que los británicos llamaron por primera vez la «frontera noroccidental» no era «desde un punto de vista histórico, frontera alguna», según Sugata Bose, profesor de la Universidad de Harvard, «sino el “corazón”» de un continuo «indo-persa» e «indo-islámico», la razón por la que Afganistán y Pakistán forman un todo orgánico, que contribuye a su incoherencia geográfica como Estados separados.[4]

Pero había fronteras incluso más artificiales.

Crucé el muro de Berlín para entrar en Alemania Oriental en dos ocasiones, en 1973 y en 1981. El muro de cemento de tres metros y medio de alto, coronado por un grueso conducto que lo recorría por encima, separaba un paisaje de película en blanco y negro, de pobres barriadas de inmigrantes turcos y yugoslavos en el lado de la Alemania Occidental, de otro paisaje de edificios abandonados y en ruinas tras la Segunda Guerra Mundial en el lado de la Alemania Oriental. Uno podía acercarse al muro y tocarlo casi en todos los puntos del lado occidental, donde estaban las pintadas; los campos de minas y las torres de vigilancia estaban en la parte oriental.

A pesar de lo surrealista que pudiera parecer este patio de cárcel urbano en su época, uno no lo cuestionaba salvo en términos morales, porque la suposición suprema del momento era que la guerra fría no tendría fin. En especial para gente como yo, que había crecido durante la guerra fría, pero que no teníamos recuerdos de ningún tipo sobre la Segunda Guerra Mundial, el muro, pese a su condición brutal y arbitraria, se nos antojaba tan permanente como una cordillera. La verdad solo salía a la luz en los libros y mapas históricos de Alemania que había empezado a consultar, por pura casualidad, durante los primeros meses de 1989, mientras me encontraba en Bonn documentándome para el artículo de una revista. Esos libros y mapas contaban una historia.

En el corazón de Europa, entre los Alpes y los mares del Norte y Báltico, los alemanes, según el historiador Golo Mann, siempre se han erigido en una fuerza dinámica encerrada en una «gran cárcel» de la que desean fugarse. Sin embargo, con el norte y el sur limitados por agua y montañas respectivamente, la única expansión posible era

hacia el este y el oeste, lugares donde no existía impedimento geográfico alguno. «Lo que ha caracterizado la naturaleza alemana durante cien años es su falta de forma, su falta de fiabilidad», escribe Mann, refiriéndose al turbulento período comprendido entre las décadas de 1860 y 1960, marcado por la expansión de Bismarck y las dos guerras mundiales.^[5] Y lo mismo podría decirse del tamaño y la forma que ha tenido Alemania en un mapa a lo largo de su historia.

De hecho, el Primer Reich, instaurado por Carlomagno en el año 800, fue una gran masa amorfa y cambiante de territorio que, según una época u otra, incluyó Austria y partes de Suiza, Francia, Bélgica, Países Bajos, Polonia, Italia y Yugoslavia. Europa parecía destinada a ser gobernada desde lo que ahora es Alemania. Sin embargo, llegó Martín Lutero, quien dividió la cristiandad de Occidente con la Reforma, la cual, a su vez, provocó el estallido de la Guerra de los Treinta Años, librada principalmente en suelo alemán. A partir de ahí, Europa Central fue devastada. Cuanto más leía —sobre el dualismo dieciochesco entre Prusia y la Austria de los Habsburgo, sobre la unidad arancelaria de principios del siglo XIX entre diversos estados alemanes, y la unificación llevada a cabo por Otto von Bismarck a finales del siglo XIX, y con base en Prusia—, más claro me quedaba que el muro de Berlín solo era otra fase de ese continuo proceso de transformación territorial.

Los regímenes derrocados poco después de la caída del muro de Berlín —en Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y otros países— fueron aquellos que yo había conocido en profundidad gracias a mi trabajo y mis viajes.

De cerca me habían parecido sumamente impenetrables y temibles. Su brusca desintegración significó para mí una lección importante, no solo acerca de la inestabilidad subyacente a todas las dictaduras, sino acerca de cómo el presente, a pesar de lo permanente y abrumador que pueda parecer, es fugaz. Lo único perdurable es la ubicación de los pueblos en el mapa. Así pues, en épocas de agitación, aumenta la importancia de los mapas. Cuando el terreno político cambia tan rápidamente bajo nuestros pies, el mapa, aun sin ser determinante, es el principio del discernimiento de una lógica histórica sobre lo que podría sobrevenir a continuación.

La violencia era la impresión reinante en la zona desmilitarizada entre las dos Coreas. En 2006, vi unos soldados de Corea del Sur inmóviles, firmes, en postura de taekwondo, con los puños y los brazos en tensión, mirando a la cara a sus homólogos de Corea del Norte. Cada bando había escogido a sus soldados más altos y de aspecto más desafiante para la misión. Pero el odio formalizado que se respiraba en ese escenario de alambradas y campos de minas probablemente quedará relegado a los anales de la historia en un futuro previsible. Cuando observamos el panorama de otros países divididos en el siglo xx —Alemania, Vietnam, Yemen—, salta a la vista que, independientemente del tiempo que haya perdurado la división, las fuerzas unificadoras acaban triunfando, de una forma no planeada, algunas veces violenta y rápida. Las zonas desmilitarizadas, como la del muro de Berlín, son fronteras arbitrarias, sin lógica geográfica, que dividen una nación étnica en el lugar en que dos ejércitos opuestos han decidido asentarse. Del mismo modo que Alemania se

unificó, cabría esperar, o al menos deberíamos prever, una Corea unificada. Una vez más, es probable que las fuerzas de la cultura y de la geografía prevalezcan en un momento determinado. Una frontera establecida por el hombre, que no se corresponde con una zona fronteriza natural, es especialmente vulnerable.

También crucé por tierra las fronteras entre Jordania e Israel, y entre México y Estados Unidos. Hablaré de ellas más adelante, y también de otras. Ahora deseo emprender otro viaje —de una naturaleza totalmente distinta— a través de una selección de páginas de la historia y de la ciencia política que han sobrevivido tras salvar el abismo del paso de las décadas y, en algunos casos, de los siglos. Gracias a la importancia que dichas páginas otorgan a la geografía, podremos entender mejor el mapa físico, y con ello, nos resultará más fácil vislumbrar, aunque sea vagamente, los contornos de la política futura. Pues fue el mismo acto de cruzar tantas fronteras el que instauró en mí la profunda curiosidad sobre el destino de los lugares que atravesaba.

A lo largo de tres décadas, mis observaciones me han convencido de que todos necesitamos recuperar cierta perspectiva temporal y espacial, que se ha perdido en la era de los aviones a reacción y de la información. En este momento, las élites de formadores de opinión pública cruzan océanos y continentes en cuestión de horas, algo que les permite hablar con sospechosa facilidad sobre lo que Thomas L. Friedman, distinguido columnista de *The New York Times*, ha bautizado como «mundo plano». Sin embargo, presentaré al lector un grupo de pensadores que, sin duda alguna, no están de moda y que luchan de forma

denodada por acabar con la idea de que la geografía ya no importa. Presentaré sus argumentos de forma pormenorizada en la primera mitad de este viaje, con el objeto de aplicar su sabiduría en la segunda mitad y así hablar de lo que ha ocurrido y de lo que es probable que ocurra en toda Eurasia: de Europa a China, incluido el Gran Oriente Medio y el subcontinente indio. Mi objetivo es descubrir qué es lo que se ha perdido exactamente en nuestra visión de la realidad física, cómo lo hemos perdido y qué debemos hacer para recuperarlo; para ello debemos aminorar el paso de nuestro recorrido y el de la propia observación, y recurrir a los valiosos conocimientos de estudiosos ya fallecidos. Esa es la finalidad de este viaje.

A menudo se ha relacionado la geografía, vocablo procedente de una palabra griega que significa esencialmente «descripción de la tierra», con el fatalismo y, en consecuencia, se la ha estigmatizado, ya que, según dicen, pensar geográficamente es limitar las opciones de libre albedrío. Con todo, al utilizar herramientas como mapas físicos y estudios demográficos solo pretendo añadir un nivel más de complejidad al análisis de la política internacional convencional, y así encontrar una forma más profunda y convincente de entender el mundo. No hace falta ser determinista geográfico para saber que la geografía tiene una importancia vital. Cuanto más nos preocupen los acontecimientos actuales, más nos importarán los individuos y sus decisiones. No obstante, cuanto más extendemos nuestra mirada a lo largo del paso de los siglos, mayor es el papel que desempeña la geografía.

Oriente Medio es un buen ejemplo.

Mientras escribo, la región que se extiende desde Marruecos hasta Afganistán está en plena crisis de autoridad central. El antiguo orden de las autocracias se ha vuelto insostenible, aunque el camino hacia la democratización estable es tortuoso. La primera fase de esta gran revuelta se ha caracterizado por la derrota de la geografía a través del poder de las nuevas tecnologías de la comunicación. La televisión vía satélite y las redes sociales en Internet han creado una única comunidad de personas que manifiesta su malestar en todo el mundo árabe. Por ello, quienes abogan por la democracia en lugares tan dispares como Egipto, Yemen y Baréin se sienten inspirados por el proceso iniciado en Túnez. Así pues, existe un denominador común en las situaciones políticas de todos estos países. Sin embargo, a medida que la revuelta ha ido desarrollándose, ha quedado claro que cada una de estas naciones ha seguido su propio hilo narrativo, inspirado, a su vez, en sus propias y trascendentales historia y geografía. Por todo ello, cuanto más conozcamos la historia y la geografía de cualquier país de Oriente Medio, menos nos sorprenderá lo que allí acontezca.

Dicho esto, que el levantamiento se haya iniciado en Túnez podría ser casual solo en parte. Un mapa de la Antigüedad clásica nos muestra una concentración de asentamientos en la zona donde se encuentra Túnez en la actualidad, en contraposición a la relativa vacuidad que caracteriza a la Argelia y la Libia modernas. Túnez se asoma al mar Mediterráneo, cerca de Sicilia, y fue el núcleo demográfico del norte de África, no solo en la época de cartagineses y romanos, sino en la de los vándalos, los bizantinos, los árabes medievales y los turcos. Mientras que Argelia, en el oeste, y Libia, en el este, no eran más que vagas expresiones geográficas, Túnez es un antiguo

núcleo de civilización. (En cuanto a Libia, a lo largo de la historia, la región occidental de Tripolitania siempre miró hacia Túnez, mientras que la región oriental de Cirenaica —Bengasi— lo hizo hacia Egipto.)

Durante dos mil años, cuanto más cerca estaba un lugar de Cartago (más o menos en la ubicación del Túnez moderno), mayor era su grado de desarrollo. Teniendo en cuenta que la urbanización de Túnez se inició hace dos milenios, la identidad tribal basada en la cultura nómada — a la que el historiador medieval Ibn Jaldún culpó de haber perturbado la estabilidad política— es lógicamente débil. De hecho, después de que el general romano Escipión venciera a Aníbal en 202 a. C., a las afueras de Túnez, excavó una zanja de demarcación, o *fossa regia*, que delimitaba la extensión del territorio civilizado. Esta trinchera excavada sigue siendo relevante en la actual crisis de Oriente Medio. Todavía visible en algunos tramos, la *fossa regia* se extiende desde Tabarka, en la costa noroeste de Túnez, hacia el sur, y gira directamente hacia el este hasta Sfax, otro puerto mediterráneo. Las poblaciones que se encuentran más allá de ese límite poseen menos restos romanos y, en la actualidad, suelen ser más pobres y estar menos desarrolladas, con niveles de desempleo históricamente más elevados. La población de Sidi Bouzid, donde se inició la revuelta árabe en diciembre de 2010, cuando un vendedor de frutas y verduras se quemó a lo bonzo como acto de protesta, se encuentra justo detrás de la línea de Escipión.

No estoy siendo fatalista. Estoy limitándome a situar en un contexto geográfico e histórico los acontecimientos actuales: la revuelta árabe en busca de la democracia empezó en el lugar en que, en términos históricos, se encontraba la sociedad más avanzada del mundo árabe —la

que tenía mayor cercanía física con Europa—, si bien es cierto que se inició, de forma específica, en una parte de Túnez que, desde la Antigüedad, ha sido ignorada y, en consecuencia, ha sufrido el subdesarrollo.

Este conocimiento puede añadir trascendencia a lo que está ocurriendo en todos los demás lugares; ya sea en Egipto, que al igual que Túnez es otro antiguo núcleo de civilización con una larga historia como Estado; ya sea en Yemen, centro demográfico de la península Arábiga, cuyos intentos de alcanzar la unidad se han visto frustrados por una topografía montañosa extensa, que ha conseguido debilitar al gobierno central y, en consecuencia, ha aumentado la importancia de las estructuras tribales y de los grupos separatistas; o ya sea en Siria, cuya forma truncada sobre el mapa alberga divisiones basadas en la etnicidad y la identidad sectaria dentro de su territorio. La geografía atestigua que Túnez y Egipto están cohesionados por naturaleza; Libia, Yemen y Siria lo están en menor medida. De todo ello se desprende, por tanto, que Túnez y Egipto requirieron formas relativamente moderadas de autocracia para mantenerse unidos, mientras que Libia y Siria exigieron un tipo de gobierno más extremista. Mientras tanto, la geografía siempre ha hecho que Yemen haya sido difícil de gobernar. Yemen ha sido lo que los estudiosos europeos del siglo xx Ernest Gellner y Robert Montagne denominan una sociedad «segmentaria», el producto del paisaje montañoso y desértico de Oriente Medio. Planeando entre la centralización y la anarquía, una sociedad así, en palabras de Montagne, se caracteriza por un régimen que «agota la vida de una región», aunque, «por su propia fragilidad», no consigue crear instituciones duraderas. En ese lugar, las tribus son resistentes y el gobierno central débil en comparación.[\[6\]](#) La lucha por

crear órdenes liberales en este tipo de lugares no puede disociarse de dichas realidades.

A medida que las revueltas políticas se multiplican y el mundo parece cada vez más ingobernable, y ante las incesantes cuestiones sobre cómo deberían reaccionar Estados Unidos y sus aliados, la geografía, al menos, ofrece una forma de encontrar algún sentido a todo ello. Mediante el estudio de mapas antiguos, y con la ayuda de geógrafos y pensadores geopolíticos de épocas anteriores, pretendo llevar a cabo una recopilación de datos objetivos acerca de la realidad del planeta en el siglo **xxi**, al igual que lo hice en aquellas fronteras desde finales del siglo **xx**. Porque, aunque seamos capaces de enviar satélites más allá del sistema solar —y aunque los mercados financieros y el ciberespacio no conozcan fronteras—, el Hindu Kush sigue siendo una barrera formidable.

LA VENGANZA DE LA GEOGRAFÍA

PRIMERA PARTE

VISIONARIOS

DE BOSNIA A BAGDAD

Para recuperar el sentido de la geografía, primero debemos establecer en qué momento de nuestra historia reciente lo perdimos por completo, explicar la causa y elucidar de qué manera ha afectado a nuestro modo de entender el mundo. Sin duda se ha tratado de un alejamiento gradual, pero el momento que yo he identificado es el inmediatamente posterior a la caída del muro de Berlín, coyuntura en que dicha pérdida parecía irremediable. A pesar de corresponder a una frontera artificial, cuya caída tendría que haber revalidado nuestro respeto por la geografía y el mapa físico —y lo que este podría haber avanzado acerca de los Balcanes y Oriente Medio—, la desaparición del muro de Berlín nos cegó ante los impedimentos geográficos reales que todavía nos dividían y seguían aguardándonos.

De pronto, nos encontrábamos en un mundo en el que el desmantelamiento de una frontera que el ser humano había creado en Alemania nos había llevado a asumir que ninguna división humana era insuperable; que la democracia conquistaría África y Oriente Medio con la misma facilidad que lo había hecho con Europa del Este; que la globalización —palabra que no tardaría en ponerse de moda— era nada menos que una orientación moral

histórica y un sistema de seguridad internacional, en vez de lo que no deja de ser una fase económica y cultural del desarrollo. Detengámonos a reflexionar sobre ello: acababa de fracasar una ideología totalitaria al mismo tiempo que la seguridad nacional de Estados Unidos y la Europa occidental no se ponía en duda. Daba la sensación de que la paz reinaba de manera generalizada. Francis Fukuyama, antiguo subdirector del Consejo de Planificación de Políticas del Departamento de Estado norteamericano, supo captar el espíritu de la época y, adelantándose a los acontecimientos futuros, publicó un artículo unos meses antes de la caída del muro de Berlín, «The End of History», en el que proclamaba que, aunque continuara habiendo guerras y rebeliones, la historia en un sentido hegeliano ya no existía, dado que el éxito de las democracias liberales capitalistas había zanjado el debate sobre qué sistema de gobierno era mejor para la humanidad.[\[1\]](#) Por lo tanto, solo se trataba de dar forma al mundo a nuestra imagen y semejanza, a veces mediante el despliegue de tropas estadounidenses, el cual no exigiría un precio demasiado alto a lo largo de la década de 1990. El primer ciclo intelectual posterior a la guerra fría se tradujo en una época de ilusiones engañosas, un período en que estaba mal visto ser tachado de «realista» o «pragmático», sinónimos de un rechazo frontal a la intervención humanitaria en lugares en los que el interés nacional, definido en términos convencionales y un tanto limitados, no parecía fácil de conseguir. Por entonces era mejor ser neoconservador o internacionalista liberal, personas a quienes se las consideraba inteligentes y de buen corazón, preocupadas por detener el genocidio en los Balcanes.

No era la primera vez que Estados Unidos se veía arrastrado por una oleada de idealismo. La victoria en la

Primera Guerra Mundial había desplegado la pancarta del «wilsonianismo», un concepto vinculado al presidente Woodrow Wilson que, como acabaría demostrándose, tuvo muy poco en cuenta los objetivos reales de los aliados europeos de Estados Unidos, y aún menos la realidad que se vivía en los Balcanes y Oriente Medio, donde, como se constataría en la década de 1920, la democracia y la libertad que ejercía el caciquismo imperial de los turcos otomanos se traducía, en gran medida, en una concienciación étnica intolerante en las regiones que componían el viejo sultanato. Un fenómeno similar volvió a repetirse tras la victoria de Occidente en la guerra fría, de la que muchos creyeron que traería la libertad y la prosperidad bajo las banderas de la «democracia» y el «mercado libre». Tampoco faltaron quienes sugirieron que incluso África, el continente más pobre e inestable, que además cargaba con el peso de las fronteras más artificiales e ilógicas del planeta, podría encontrarse al borde de una revolución democrática; como si la caída del imperio soviético en el corazón de Europa tuviera un significado supremo para las naciones menos desarrolladas del mundo, separadas por mares y desiertos a miles de kilómetros de distancia, pero comunicadas a través de la televisión.^[2] Sin embargo, como en la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, la victoria en la guerra fría se traduciría en una democracia y paz internacional menores que en la lucha por la supervivencia que se seguiría, en la que el mal luciría máscaras nuevas.

Ciertamente, la democracia y unos gobiernos mejores empezaron a surgir en África, pero tras una batalla larga y ardua, en que los fantasmas de la anarquía (como en muchos países de África occidental), la insurrección y una crueldad desmedida (como en Ruanda) aparecieron y se

instalieron durante mucho tiempo. África recorrió un largo camino para definir la dilatada década que transcurre entre el 9 de noviembre de 1989 y el 11 de septiembre de 2011, entre la caída del muro de Berlín y los ataques al Pentágono y el World Trade Center, perpetrados por Al Qaeda. Un período de doce años en el que las matanzas y las intervenciones humanitarias tardías defraudarían a los intelectuales idealistas, si bien es cierto que el éxito final de dichas intervenciones elevó el triunfalismo idealista a cotas tan altas que acabó demostrando ser catastrófico en los años posteriores al 11-S.

Tras el 11-S, la geografía, factor insoslayable en los conflictos que estallaron en los Balcanes y África durante la década de 1990, seguiría desbaratando por completo las buenas intenciones estadounidenses respecto a Oriente Próximo. El viaje de Bosnia a Bagdad, de una campaña terrestre y aérea limitada en los Balcanes, la zona occidental y más desarrollada del antiguo Imperio otomano, a una invasión de la infantería en la zona oriental y menos desarrollada de Mesopotamia, evidenciaría las limitaciones del universalismo liberal y, en consecuencia, devolvería al mapa físico el respeto que merece.

La posguerra fría se inició en la década de 1980, antes de la caída del muro de Berlín, con la recuperación del término «Europa Central», que Timothy Garton Ash, periodista e historiador de Oxford, definiría posteriormente como «una distinción político-cultural en contraposición al “Este” soviético».[3] Europa Central, *Mitteleuropa*, era más un ideal que una realidad geográfica, una reivindicación de la memoria: la de una cultura europea romántica, apasionada y en armónico desorden, que hablaba de calles

adoquinadas y tejados a dos aguas; de vinos generosos, cafeterías vienesas y música clásica; de una tradición refinada y humanista inculcada por el arte y pensamiento modernistas, radicales y provocadores. Evocaba el Impero austrohúngaro y nombres como los de Gustav Mahler, Gustav Klimt y Sigmund Freud, acompañados de otros personajes ilustres que aportaban una percepción más profunda de la realidad, como Immanuel Kant o el filósofo neerlandés Baruch Spinoza, de origen judío. Entre muchísimas otras cosas, «Europa Central» representaba el amenazado mundo intelectual judío antes de los estragos causados por el nazismo y el comunismo; representaba el desarrollo económico, enquistado en el recuerdo persistente de una Bohemia que había disfrutado de un grado de industrialización mayor que el de Bélgica antes de la Segunda Guerra Mundial. Representaba, con toda su decadencia y sus imperfecciones morales, una zona de tolerancia multiétnica relativa, al abrigo de la benevolente, aunque cada vez más disfuncional, monarquía de los Habsburgo. En la última fase de la guerra fría, Carl E. Schorske, profesor de la Universidad de Princeton, plasmó de manera sucinta su visión de Europa Central en su inquietante y descarnado clásico *La Viena de fin de siglo: política y cultura*, del mismo modo que hizo el escritor italiano Claudio Magris en su ensayo *Danubio*. Para Magris, *Mitteleuropa* es una sensibilidad que «representa la defensa del particularismo ante cualquier totalitarismo». Para el escritor húngaro György Konrád y el escritor checo Milan Kundera, *Mitteleuropa* es algo «noble», una «llave maestra» para liberalizar aspiraciones políticas.^[4]

Hablar de «Europa Central» en las décadas de 1980 y 1990 era decir que una cultura delimitaba, de manera intrínseca, una geografía tanto como podía delimitarla una

cordillera o los tanques soviéticos. El ideal de Europa Central se entendía como una reconvención a la geografía de la guerra fría, la cual había acuñado el término «Europa del Este» para referirse a la mitad de Europa bajo el influjo comunista, controlada por Moscú. Alemania Oriental, Checoslovaquia, Polonia y Hungría habían formado parte de Europa Central, se argumentó acertadamente, y por lo tanto no tendrían que haber sido enviadas a la cárcel de las naciones que representa el comunismo y el Pacto de Varsovia. Irónicamente, cuando años después estalló la guerra étnica en Yugoslavia, «Europa Central», en vez de considerarse únicamente un término que denotaba unificación, también se convertiría en uno que implicaba división. La gente empezó a disociar «los Balcanes» de Europa Central y, a todos los efectos, estos pasaron a integrarse en el nuevo/viejo Oriente Próximo.

Los Balcanes se identificaban con los antiguos imperios otomano y bizantino, con cordilleras inaccesibles que habían entorpecido el desarrollo de la zona y con un nivel de vida generalmente inferior, décadas y siglos por detrás de los territorios que componían los imperios austríaco y prusiano, en el corazón de Europa. Durante los años grises de la dominación comunista, países balcánicos como Rumania y Bulgaria alcanzaron unos grados de pobreza y represión desconocidos en la mitad septentrional de la «Europa Central» del imperio soviético. La situación era compleja, no cabe duda. Entre los países satélite, Alemania Oriental era el que vivía una verdadera ocupación y, por consiguiente, su sistema comunista se contaba entre los más rígidos, al mismo tiempo que en Yugoslavia —que no era miembro formal del Pacto de Varsovia— se disfrutaba de cierto grado de libertad, sobre todo en las ciudades, que, por ejemplo, Checoslovaquia desconocía. Aun así, en